



FERNANDO AÍNSA: REINTERPRETAR LA NOVELA HISTÓRICA

CARRILLO PIMENTEL, Margoth.
(Universidad de Los Andes-Núcleo Trujillo)*
zamcar@hotmail.com

RESUMEN: Innumerables han sido los acercamientos que la crítica literaria ha hecho a la novela histórica. Entre otros críticos, apreciamos los esfuerzos que, en este sentido, han hecho autores como Fernando Aínsa, quien en su libro *Reescribir el pasado* (2003) ha contribuido con interesantes reflexiones a propósito del tema. En el presente trabajo trataremos los vínculos que se establecen entre la historia y la literatura. Para ello partiremos de la idea de que entre ambos discursos se establecerán relaciones de identidad, pero también de diferencias y entrecruzamiento y que una de las experiencias más interesantes para comprender la dialéctica de esos encuentros será, precisamente, la de la novela histórica.

PALABRAS CLAVE: Historia; ficción; vínculos; novela; novela histórica.

FERNANDO AÍNSA: RE-INTERPRETING THE HISTORICAL NOVEL

ABSTRACT: Numerous approaches have been made by literary criticism about the historical novel. Among other critics, we appreciate the efforts in this regard made by authors like Fernando Aínsa; in his book *Rewriting the past* (2003) he has contributed with interesting reflections on the subject. In this paper we will try to find out about the links between history and literature. To do this, we will start from the idea that the two speeches will be establishing relations of identity, but also of difference and cross-linking; and that one of the most interesting experiences to understand the dialectic of those encounters will be precisely that of the historical novel.

KEYWORDS: History; fiction; links; novel; historical novel.

Entre las experiencias literarias latinoamericanas que conocemos, la novela histórica ha sido, sin duda, una de las que ha tenido mayor incidencia en el origen y transformaciones de la novela latinoamericana. Si bien los primeros

acercamientos al género no pasaron de ser tímidos ensayos, sin mayores variantes respecto de lo que en Europa se hacía a comienzos del siglo XIX –nombremos las novelas de Walter Scott y Alfred de Vigny, entre otras –, nuestra novela histórica fue incorporando paulatinamente ciertas particularidades relacionadas con el contexto político y cultural del momento – siglo XIX –, hasta convertirse en las décadas finales del siglo XX en un ensayo narrativo de largos y significativos alcances. La historia y la cultura latinoamericanas, los momentos claves de configuración y afirmación de su identidad, han encontrado en la novela histórica un extraordinario espacio en el que ha sido posible reflexionar y crear en el ámbito cultural o político, así como en el formal y el de la propia historia.

Innumerables han sido también los acercamientos que la crítica literaria ha hecho a esa experiencia. En los últimos treinta años hemos visto cómo han aparecido una cantidad considerable de textos escritos sobre la novela histórica latinoamericana: libros, congresos, coloquios, dossiers, artículos de revista y seminarios, entre otros, dejan constancia del interés que ha existido al respecto. No obstante la atención que se le ha prestado al tema, es curioso advertir cómo desde la misma crítica se han desprendido ciertas observaciones en relación con la necesidad de propiciar una discusión y un diálogo que abra espacios a nuevas interrogantes y perspectivas sobre el género¹. María Cristina Pons ha llamado la atención sobre la “escasez de una reconsideración teórica del género” (PONS, 1996, p. 34), a la vez que, desde su propia lectura de la novela histórica latinoamericana moderna, ha ofrecido interesantes vías para reflexionar y comprender esos textos. Entre otros críticos, apreciamos los esfuerzos que, en este sentido, han hecho autores como Celia Fernández Prieto (1998), Karl Khohut, Víctor Bravo (2001) o Fernando Aínsa, quien en su libro *Reescribir el pasado* (2003) ha contribuido con interesantes reflexiones a propósito del tema.

Desde las primeras páginas de su libro, Aínsa expresa el propósito de realizar una “atenta lectura estilística del discurso historiográfico y [un] rastreo de las fuentes o componentes históricos del discurso ficcional” (AÍNSA, 2003, p. 9). En este caso el interés en torno a la novela histórica parte de la revisión de los discursos que configuran el género, así como de la consideración de la naturaleza múltiple e interdependiente que, no obstante las diferencias, les define. De esa manera, el crítico uruguayo toma “el camino más largo”, como diría Paul Ricoeur, al detenerse en primer lugar en la revisión de los componentes fundamentales de la novela histórica: la historia y la ficción. Creemos entender que las consideraciones que en torno a esa experiencia narrativa se hacen en *Reescribir el pasado* parten de la idea de que el género existe, gracias al encuentro que ocurre entre los discursos

que lo hacen posible: hablar de la novela histórica amerita, entonces, tomar en cuenta no sólo los aspectos relacionados con lo histórico o con lo ficcional; requiere a su vez de una consideración en conjunto de la naturaleza, propiedades e historicidad de esos dos discursos.

Lo anteriormente expuesto nos permitirá traer a estas páginas algunas de las ideas en las que hemos insistido en otras oportunidades al hablar de los vínculos entre la historia y la ficción (2003) y que se encuentran lúcidamente expuestas en el libro de Aínsa: entre otras, el hecho de que al hablar del tema, tendríamos que tener en cuenta que entre la historia y la literatura se establecen, ciertamente, relaciones de identidad, pero también de diferencias y entrecruzamientos²; y que uno de las experiencias más propicias para comprender la dialéctica de esos encuentros es, precisamente, la de la novela histórica.

A PROPÓSITO DE LOS VÍNCULOS

En *Reescribir el pasado* (2003) Fernando Aínsa aborda la relación entre la historia y la ficción destacando, en primer lugar, el espacio de mayor coincidencia entre esos dos discursos: la narración³. Según el autor, “las relaciones entre el discurso histórico y el ficcional son complejas [...] la forma del texto parecida y los procedimientos narrativos utilizados son similares y, sobre todo, están guiados por un mismo esfuerzo de persuasión” (AÍNSA, 2003, p. 24). Aínsa no deja de tomar en cuenta, además, el hecho de que en ambos casos existe una intención de organizar e interpretar la realidad, de “dotar” al discurso de sentido; aspectos que, no obstante las diferencias, hacen, una vez más, coincidentes los discursos. Al considerar las transformaciones y libertades que, ciertamente, posee el discurso ficcional, el crítico uruguayo no deja de lado la necesidad de tomar en cuenta la apertura y los cambios que al interior de la misma historiografía han ocurrido. Si bien la novela histórica del siglo XIX se caracterizó por lo que Carlos Pacheco ha llamado “un muy alto grado de confianza epistemológica en la disciplina historiográfica” (PACHECO, 2001, p. 209), la “crisis epistemológica” de la historia contemporánea, como bien la ha llamado Aínsa, permitirá más tarde que la novela histórica contemporánea continúe vinculándose a la historia no ya desde sus certezas, tanto como de las interrogantes que la disciplina ha abierto respecto de su propia constitución.

Entre esas interrogantes, la pregunta por el componente imaginativo de la historia es uno de los aspectos que, además de acercar esa disciplina a la ficción,

abre nuevas posibilidades de reflexión en torno a la historiografía. Tal circunstancia ha sido planteada desde la historia contemporánea en repetidas oportunidades; es el caso de R.G. Collingwood (1993) quien ya para 1946 hablaba del hecho de que gracias a la imaginación, el texto de la historia articula datos, tiempos, personajes y espacios en un todo, siempre bajo el compromiso de la fidelidad y la coherencia del discurso. En *Reescribir el pasado* no sólo se considera la imaginación como un recurso de composición del relato; ésta también se comprende como “una realidad histórica en estrecha relación dialéctica con los acontecimientos” (AÍNSA, 2003, p. 43)⁴. De tales reflexiones nos interesa de igual modo destacar la cuestión planteada a propósito de la evolución de la historiografía y las posibilidades de interpretación que se abren al ésta incorporar otros discursos o disciplinas a su propio discurso; apertura de la historia “hacia otros territorios donde todo lo que [la] distinguía, privilegiaba y consagraba ha cedido a nuevas combinaciones, solidaridades y desmitificaciones” (AÍNSA, 2003, p. 35). Tal disposición interdisciplinaria se ha dado, según el autor “de forma paralela” a la “polisemina del discurso ficcional”, estableciéndose de esta forma nuevos puntos de coincidencia entre la historiografía y la novela histórica contemporánea. Si bien coincidimos con Fernando Aínsa en esta apreciación, sería pertinente recordar que ese paralelismo no ha ocurrido simultáneamente en el tiempo. Mucho antes de que la historiografía comenzara a plantearse esos cambios, la novela en general y la novela histórica en particular, habían experimentado de una manera arriesgada e innovadora con la incorporación de discursos provenientes de otros géneros, disciplinas o tiempos. Al respecto, Hayden White ha comentado que la historia lejos de haber evolucionado en sus estrategias y métodos de estudio –como sí lo hicieron las ciencias y las artes– se quedó rezagada, al punto de convertirse en una disciplina con pocos o ningún vínculo respecto de las necesidades del hombre moderno y de los cambios ocurridos a través del tiempo. Ahora bien, en la medida en que la historia se hizo consciente de tal circunstancia y, de alguna manera, dio el salto hacia la utilización de otras formas de estudio y representación que le han permitido interpretar de una manera más adecuada las necesidades del hombre contemporáneo, ésta ha ido recuperando el lugar de privilegio que compartió con la ciencia y el arte durante la primera mitad del siglo XIX (“The Burden of History” (1966) en *Tropics of discourse* (WHITE, 1985, p. 27-50)

Lo anteriormente expuesto sirve de igual modo para pensar en esa suerte de retroalimentación que ocurre cada vez que, bien desde la historia o desde la novela, se incorporan al texto nuevas voces, personajes, disciplinas, discursos o documentos. Tal circunstancia propicia naturalmente el crecimiento del horizonte

de los textos o relatos puestos en relación: “A través de la apertura histórica y antropológica que propicia la literatura, el propio discurso historiográfico se enriquece” (AÍNSA, 2003, p. 27). De igual modo la novela ha ido transformándose, gracias a los diversos materiales que ha ido incorporando desde la historia, la sociología o la antropología; al punto de llegar a plantearse que la novela histórica ha sido en estos últimos años motivo para la “renovación del género a nivel mundial” (AÍNSA, 2003, p. 9); o que al menos ha sido una experiencia que ha permitido al género mantenerse en una actividad de reinención y contrastes de significativos alcances.

Es indudable la voluntad de dotar al texto de sentido que distingue a la historia; más adelante veremos que tal intención no tendrá otro norte que no sea el de establecer la autenticidad de lo que *en efecto* ocurrió. Mas ese mismo propósito atraviesa la novela histórica, sólo que bajo condiciones distintas. Al respecto Fernando Aínsa (2003, p. 78) señala: “la novela histórica es en realidad la renovada y vigorosa expresión de un género que ha estado en la raíz de la construcción de la conciencia y la identidad nacional”. Para Noé Jitrik – otro de los escritores latinoamericanos que se ha ocupado particularmente de desarrollar una reflexión teórica sobre la novela histórica – en Latinoamérica el surgimiento de este tipo de novela estuvo marcado por dos “tendencias o pulsiones” que se manifestaron en la necesidad de reconocerse en un proceso histórico que aún no parece aclararse, y en la misión que el escritor latinoamericano ha asumido, en el sentido de encontrar “una definición de identidad” (JITRIK, 1995, p. 17). En nuestras letras aún se puede percibir una insistente preocupación por indagar en el pasado y en esa problemática y particular manera de estar en el mundo del ser latinoamericano. Desde tales motivaciones, el diálogo entre la novela y la historia que propicia la novela histórica aparece como una de las manifestaciones más representativas de esa tendencia. La búsqueda de un sentido del origen o de una identidad propia se manifestará en el texto literario a través de la formulación de algunas interrogantes que se harán desde el presente a los acontecimientos del pasado, a través del material que proveerá la historia.

Quisiéramos referirnos ahora al entrecruzamiento entre la historia y ficción, tomando algunos términos con los que Paul Ricoeur aborda el tema: al hablar de “la historización de la ficción” o de la naturaleza “cuasi histórica” de lo ficcional, el filósofo francés no hace más que llamar la atención sobre las circunstancias que favorecen el entrecruzamiento entre ambos discursos; es decir, el corte de perspectivas que ocurre entre el contenido imaginario de la historia – propio de la ficción – que da como hechos acontecidos realidades no observables,

y la naturaleza *cuasihistórica* que parece definir a toda historia contada: “Narrar cualquier cosa es narrarla *como si* hubiera acontecido” (RICOEUR, 1996, p. 913). El reconocimiento del componente formal de la historia y la consideración de la misma como narración o como *escritura*, se cruza con la intención de realizar ese “rastreo de las fuentes o componentes históricos del discurso formal” (AÍNSA, 2003, p. 9) que Aínsa ha manifestado desde las primeras páginas de su estudio.

No obstante, sería un error pensar que los vínculos de identidad o entrecruzamiento entre la historia y la ficción, o el trabajo formal y de sentido que gracias a ello realiza la novela histórica, pueda ser un asunto que nos lleve a obviar las naturales diferencias que, de hecho, también existen. La dinámica relación entre esas instancias discursivas, nos permite hablar de identidad, tanto como de diferencias. *Reescribir el pasado* ofrece algunos señalamientos que nos permiten identificar las diferencias entre historia y ficción: entre ambos discursos existen “diferencias epistemológicas” marcadas por circunstancias tales como “el deseo de conocer [...] la forma de utilizar documentos y archivos [y] el ejercicio profesional” (AÍNSA, 2003, p. 51); además de que para el historiador la fundamentación y la demostración, en el marco de una clara búsqueda de la objetividad, son principios que definen claramente su trabajo. Paul Ricoeur ha señalado tales diferencias a partir de lo que ha llamado el principio o condición de verdad que define la naturaleza de cada relato: frente a la verdad objetiva, la mimesis y la verosimilitud del relato de ficción; frente a la certidumbre de los hechos y la contención de lo imaginario, la libertad y la indeterminación propias del relato de ficticio; y de cara a la certeza y precisión fáctica que da el documento, la subjetivación a la que se someten los personajes, acontecimientos y documentos históricos en experiencias tales como la novela histórica (RICOEUR, 1996, p. 56).

“¿Es posible una historia completamente verdadera?” (Von Ranke, *apud* AÍNSA, 2003, p. 55) Pregunta clave en relación con los preceptos que definen la historia y que definitivamente la distinguen de la ficción; igualmente extraña, en labios de uno de los representantes más conspicuos del positivismo historiográfico. Pero es que aún en los momentos de mayor radicalidad, en los que “la verdad” ha sido la condición que define la historia, la posibilidad de pensarla en sus múltiples variantes es una realidad que parece que ni el mismo Von Ranke pudo obviar del todo. Particularmente la historiografía contemporánea se ha ocupado del asunto, al percatarse de que el conocimiento sobre el pasado es, él mismo, histórico – por lo que también está sujeto a cambios. Sin embargo, lo que no ha podido cambiar en relación con la historia es eso que hemos llamado su principio de realidad, ése que la condicionará a permanecer ceñida a las evidencias para afirmar que algo, en

efecto, aconteció. Lo literario también es una forma de acceder al mundo para conocerlo; mas el conocimiento o la verdad que se desprenden de la literatura es, en principio, de naturaleza distinta, en la medida en que se logra, fundamentalmente, a partir de una gran libertad respecto de sus referentes y de una cercanía con lo real que se da partir de la noción de *verosimilitud*. Esa verdad es, además, una aproximación al mundo cuya plasticidad nos permite pensarla actualmente como una búsqueda en proceso, que tiende a la problematización y al cambio. Además, agrega Aínsa (2003, p. 55), “el discurso ficcional es plurisémico y equívoco, aunque intente ser persuasivo y convincente al modo histórico”. Luego, aún cuando la historiografía contemporánea haya flexibilizado sus búsquedas, valorado las enormes coincidencias con otros discursos y destacado el extraordinario aporte que ha significado abrirse hacia otros saberes y formas de la ciencia y el arte, entre ellos el literario, no es posible pensar en que esa disciplina pueda llegar a confundirse con otros procedimientos y formas de acceder al mundo. Como bien lo apunta Fernando Aínsa (2003, p. 60), “hay relato histórico y relato ficcional histórico”; cuestión que deja en claro que jamás será lo mismo leer y aprender de un libro de historia, que hacer lo mismo con una novela que se ha tomado la libertad de hacer literatura con la historia: de ambas experiencias seguramente obtendremos una versión posible del pasado; sólo que el modo de comprenderla será siempre distinto6.

SOBRE LO QUE DEL GÉNERO PODAMOS DECIR:

En la actualidad la interpretación de los géneros nos ha llevado a verlos como formas con una considerable capacidad de transformación, de intercambio y como manifestaciones dotadas de un profundo sentido de la historicidad (GADAMER, 1993). Mijail Bajtin, por ejemplo, nos ha llevado al reconocimiento de la permeabilidad y naturaleza eminentemente dialógica de la novela y del lenguaje en general. Particularmente la novela moderna se ha mostrado como un “género mestizo por excelencia”, como bien lo ha advertido Aínsa. De acá que la novela histórica moderna pueda fácilmente comprenderse como una producción literaria en sintonía con la naturaleza del género. En otras oportunidades hemos llamado la atención sobre la naturaleza híbrida de la novela histórica, con el propósito de destacar las posibilidades que tal circunstancia le da para explorar y confrontar los discursos sobre los que fundamentalmente se gesta. Es por ello que al considerar ese género tendríamos que partir de la idea de que es posible comprenderla como una producción

en la que no se plantea una relación excluyente entre “lo literario” o “lo histórico”; antes bien creemos posible verla como una experiencia en la que ocurre un auténtico diálogo entre dos instancias que, como insistiéramos líneas arriba, establecen vínculos de identidad, diferencia y entrecruzamiento. En nuestra opinión, sería un error pensar que la novela histórica sólo establece distancias respecto de la historia, aun en aquellos casos en que los textos asumen una clara actitud de cuestionamiento frente a las formas tradicionales de abordar el pasado que ha ofrecido la historia. Es por ello que insistimos en que la novela histórica pueda ser vista como un espacio en el que es posible que ocurra un verdadero intercambio, reflexión o apertura de los discursos que en ella se actualizan.

¿REINVENTAR, RELEER, REESCRIBIR EL PASADO?

Esta relación dialéctica con la historia y el pasado que convoca la novela; esa dinámica entre textos que se asemejan, cruzan y distancian; ese diálogo interminable del cual salen enriquecidos ambos discursos, ¿cómo podríamos llamarlo? ¿Acaso la novela histórica podría definirse como una *reinención* del pasado que ofrece ideas más auténticas o *verdaderas* sobre lo que *en efecto* ocurrió? En la tradición del género ha habido lo que Aínsa (2003, p. 84) llama una “lectura deslegitimadora” de la historia que aborda el asunto de distintas maneras: “Al leer críticamente la historia, la literatura es capaz de plantear con franqueza lo que no quiere o no puede hacer la historia que se pretende científica, **lo que puede parecer paradójico***”. Al intentar hacer de la novela una suerte de “libro de la verdad” acerca del pasado, pareciera que en algunas oportunidades el género ha sido utilizado como una manera de imponer otra versión del pasado, que se pretende igualmente “verdadera”. En relación con el asunto, creemos que en ningún caso la valoración de las búsquedas formales y de sentido que a lo largo de tanto tiempo se han planteado desde la novela histórica puedan quedar resueltas o justificadas con la enunciación de nuevas versiones de la verdad que puedan surgir de los textos para imponerse como legítimas sobre las viejas historias.

“Una cultura viva no puede repetir el pasado, sino indefectiblemente producir textos nuevos y nuevas lecturas de los textos del pasado” (AINSA, 2003, p. 64). A esa esclarecedora cita de Fernando Aínsa le haríamos un agregado que llegara a precisar que así como “no se puede repetir el pasado”, tampoco éste se puede reinventar. Coincidimos de nuevo. Frente al pasado, de cara a las versiones que de éste disponemos, las nuevas explicaciones vendrán de nuestra capacidad de releer ese tiempo: documentos, archivos, monumentos, objetos, relatos a partir de

los cuales lleguemos a ofrecer interpretaciones actualizadas, de nuestro tiempo, que respondan a las interrogantes que desde el presente emerjan. Releer o reescribir el pasado implica asumimos como intérpretes de unos textos que reclaman una traducción. De alguna manera, releer o reescribir la historia desde la novela no ha sido más que el gesto con el que la comunidad latinoamericana ha intentado apropiarse de voces, personajes, tradiciones o acontecimientos que aún se perciben borrosos, extraños, carentes de explicaciones convincentes. La incertidumbre de un pasado que se percibe en fragmentos, de un tiempo que ha sido una y otra vez versionado y manipulado desde el poder; la sospecha de que los libros de texto han ofrecido sólo medias verdades, son algunas de las motivaciones que parecen seguir ofreciendo oportunidades para que lectores y escritores del continente continuemos insistiendo, buscando, indagando, no sin cierta terquedad, en ese tiempo que indefectiblemente nos marca y nos define; nos interroga e incita a continuar releendo, reescribiendo la historia.

REFERENCIAS

AÍNSA, F. *Reescribir el pasado* Mérida: el otro, el mismo. 2003.

BRAVO, V. "La verdad y el juego en la novela histórica". In: *Estudios* Revista de investigaciones literarias y culturales, "Novela contra el olvido", nº. 18 (número especial), Caracas: Universidad Simón Bolívar, 2001.

CARRILLO, M. *Géneros en conflicto: la historia y la ficción*. En proceso de publicación, 2003.

COLLINGWOOD, R. G. *La idea de la historia*. Traducción de Edmundo O'Gorman y José Hernández Campos. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

FERNÁNDEZ PRIETO C. *Historia y Novela* poética de la novela histórica. Navarra: Ediciones de la Universidad de Navarra, 1998.

GADAMER, H.G. *Verdad y método*, vol. I. Trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Barcelona: Ediciones Sígueme, 1996.

KOHUT, Karl. "Mirando el huerto del vecino: los historiadores frente a lo literario", In: *Estudios* Revista de investigaciones literarias y culturales, "Novela contra el olvido", nº. 18 (número especial). Caracas, Universidad Simón Bolívar, 2001.

PACHECO, C "La historia en la ficción hispanoamericana contemporánea: perspectivas y problemas para una agenda crítica" en *Estudios* Revista de investigaciones literarias y culturales, "Novela contra el olvido", nº. 18 (número especial), Caracas, Universidad Simón Bolívar, 2001.

PONS, M. C. *Memorias del olvido: del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

RICOEUR, P. *Tiempo y narración* (vol. I, II y III). Trad. Agustín Neira, México: Siglo veintiuno, 1996.

WHITE, H. *Tropics of discourse*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1985.

WHITE, H. *Metahistoria* La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. Trad. Estrella Mastrangelo. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

SOBREA AUTORA:

Margot Carrillo Pimentel es profesora titular a dedicación exclusiva de la Universidad de Los Andes, Núcleo Trujillo. Magister en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Los Andes de Venezuela y Doctora en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ocupa el sillón número 4 en el Centro de Historia del Estado Trujillo y es miembro del Laboratorio de Investigación "Arte y poética" y del Programa de Promoción del Investigador (PPI) en Venezuela. Ha participado en eventos nacionales e internacionales y publicado artículos en revistas especializadas venezolanas y extranjeras. Es autora de los libros *El sentido de la modernidad en Cuba* (1985) y *Certezas e invenciones del pasado* (2007). Géneros en conflicto: historia y literatura, es un ensayo (en proceso de publicación) con el que recibió Mención de Honor en el Concurso de Ensayo "Enrique Bernardo Núñez" (2004). Actualmente desarrolla una línea de investigación cuyo tema central es la indagación en torno a las teorías de la lectura.